

DESPUÉS DE LA TORMENTA

La Habana Septiembre 8: El paisaje hoy sorprende diferente, desconocido, ajeno al verdor que históricamente le han regalado a Pinar del Río las extensas arboledas, los pinares, las palmas... Nada es igual aquí. Aquellos sitios que atesoraban mis más divertidos recuerdos de la infancia parecen sepultados. Los rostros de muchas personas, entre quienes encuentro seres tan cercanos y queridos, revelan –sin necesidad de palabras– el desastre que vivieron durante casi seis horas... Ando la calle de siempre, la única e imprescindible calle de Entronque de Herradura y sólo el peso de la solidaridad humana me sostiene. Porque eso no cambia en esta gente, le viene por herencia desde siempre.

Tenía que venir, o mejor, debía regresar a esa que siempre tengo como “mi casa”, la de la familia. Los días finales de agosto anunciaban que la historia se repetiría, pero esta vez con mayor crudeza. Pinar del Río volvería a ser azotado por un huracán. Pronto, la provincia retomaba el protagonismo de los principales titulares de la prensa cubana: “Gustav, considerado por muchos ‘el más destructor meteoro que recuerde este territorio’ dejaba tras su paso a más de 120 mil familias sin techo”.

Luego supe que la persistente lluvia y las fuertes ráfagas de viento que sobrepasaron los 300 kilómetros por hora no habían causado ni una sola muerte, pero sí tatuaron la vida de muchos pobladores de Los Palacios, San Cristóbal, Consolación del Sur, La Palma, Bahía Honda, Candelaria y Viñales. La pérdida de bienes materiales, hogares arrasados y cosechas también arruinadas eran algunos de los daños que Gustav dejaba en Pinar del Río, a los que se sumaban cientos de kilómetros de líneas telefónicas y de electricidad completamente en el suelo.

Desde la autopista, justo cuando me acercaba a la frontera entre San Cristóbal y Candelaria, respiré la tristeza. Mi vista descubría por vez primera algunos pueblos cercanos a la carretera y que antes no podía divisar por los árboles. La cordillera de Guaniguanico había cambiado su apariencia. Después asomaron, como papeles estrujados y tirados al piso, las gigantes torres de alta tensión. Así, comenzaron a sucederse, una tras otra... Era mediodía y el sol castigaba fuerte a hombres que como hormigas trepaban hasta lo alto para reparar los tendidos eléctricos. Habían venido desde Guantánamo, otros viajaron desde Holguín, Villa Clara y Cienfuegos.

Justo en la intersección de la Autopista y la carretera a Entronque de Herradura descubrí el rostro de Mireya Lazo. Una frase marcó el encuentro: “Aquí vivimos un infierno”. Ella, junto a su marido, su hija y su yerno permanecieron mucho tiempo dentro de un closet que les sirvió como sitio seguro para protegerse de los vientos y la lluvia; la casa perdió la mitad del techo durante lo que ella se empecinó en llamar “la primera embestida del ciclón”.

“Aquí primero sentimos un viento muy fuerte. Luego todo se calmó y mi esposo salió parar pedir unos fósforos porque los nuestros se habían mojado. De regreso, arremetió otra ventolera más impresionante que la primera y tuvo que correr para llegar hasta aquí. Con ese viento perdimos el techo... Abríamos una rendija por la puerta del closet y como podíamos nos rotábamos para mirar lo que estaba pasando. No nos fuimos antes porque pensábamos que la casa era segura, pero mi esposo dice que si hay un próximo ciclón nos vamos desde bien temprano.”

El destino final del viaje me fue anunciado por Mireya como una punzante vivencia. Gustav había dejado sin electricidad ni comunicación telefónica al Entronque de Herradura, un pequeño poblado del municipio de Consolación del Sur. “Allí acabó”, y sintetizaba de esta manera lo que a los pocos minutos verían mis ojos.

Este pueblo no puede esconder su tristeza. A un lado de la carretera yacen sin vida los postes de la electricidad, muchos de ellos tumbados aún sobre los techos de las casas que sin piedad destrozaron. El contraste entre las viviendas sólidamente construidas (todas en perfecto estado) y aquellas erigidas con paredes de madera y cubierta de fibrocemento (en su mayoría totalmente destruidas) fija un pensamiento rápido y hasta obligado: ¡Lástima que no todas sean iguales!

Hasta el portal de la escuela mudaron la bodega del pueblo, y la dependienta compartió el pequeño espacio con una familia que



“Aquí vivimos un infierno”, aseguró Mireya Lazo.



Rosa María López observa las ruinas de lo que fuera su humilde casa, en la que hace dos meses murió su esposo.

también perdió su casa. Más adelante, un grupo de personas toman como por asalto el portal de una *shopping* para convertirlo en dormitorio temporal. Hasta allí llevan alguna ropa y una cama para todos.

En este territorio, numerosas son las viviendas parcialmente afectadas y con derrumbes totales, pero según el delegado del Consejo Popular “todas las familias afectadas recibirán los materiales constructivos necesarios para recuperar o construir sus casas”. Sin embargo, muchas de estas personas no esconden su desconfianza. Nérida Cena Valido y Mario Pérez, su esposo, no saben –con seguridad– cómo será esta distribución, ni los detalles del pago y mucho menos cuándo comenzará. Por el momento continúan durmiendo bajo las estrellas.

Por su parte, Rosa María López afirma tener “razones más que suficientes para sentirse desesperada”. Es maestra de sexto grado, pero no percibe salario desde hace diez meses. Tuvo que abandonar el trabajo para cuidar a su esposo que durante todo ese tiempo sufrió un cáncer:

“Murió hace dos meses. Durante su enfermedad viví gracias a la ayuda de mis compañeras de la escuela. Con su salario, ellas organizaban una colecta para darme algo de dinero. Yo estaba sola con él, no tenía quien me ayudara, por eso solicité una ayuda de Bienestar Social que me negaron por considerarme una persona apta para trabajar. Por supuesto que lo estoy, pero entonces... ¿quién cuidaba a mi esposo que ya ni caminaba y había que estar aseándolo constantemente? Cuando murió me quedé sola en la casa y ahora viene el huracán y la derrumba. Yo no sé qué voy hacer para levantar un cuarto donde vivir. Por ahora estoy en casa de unos vecinos...”

La vivienda de José González y su esposa Nereida Cena quedó bajo los escombros del cine del pueblo que no pudo resistirse a los vientos de Gustav. El matrimonio lo perdió todo, solo preservaron la ropa que llevaban puesta. Fueron a vivir en un portal. Unos días después, José aprovechó el rápido recorrido que hiciera por el territorio Abel Prieto, Ministro de Cultura, para conversar con él. “Me dijo que nos instaláramos en el pequeño lobby que ocupa la planta baja de lo que quedó del cine. Una vecina, también afectada, se fue junto con su hija para lo que en tiempos pasados sería el cuarto de proyección. Esto no ofrece seguridad; el cine llevaba años cerrado, deteriorándose poco a poco... Pero así le evito molestias a otras personas”. Las historias se suceden como rosarios de calamidades. Gustav signa un antes y un después para los pobladores de Entronque de Herradura. A la tristeza de un futuro incierto le rodea un mundo de interrogantes... ¿Cómo hacer para construir casas que ofrezcan seguridad ante un nuevo huracán?

Orlando y Damaris levantaron su vivienda hace apenas seis meses y hoy observan sorprendidos los estragos que dejó Gustav. “Nos llevó todo el techo –precisa Orlando, quien es además impedido físico–, también sacó de su lugar la ventana del frente. Recogí las planchas de fibrocemento que servían y así acomodé la cocina de la casa y un pedazo de la sala para poder estar con nuestro hijo de dos años. Perdimos los colchones y todos los sembrados... Se comenta que van a entregar planchas de fibrocemento a quienes necesiten 20 o menos, el resto de los casos tendremos que esperar.”

En medio de su propia pena, aún están preocupados por la calamidad ajena. La falta de electricidad no les permite conocer las últimas noticias. Ni siquiera saben qué pasó en las localidades más cercanas y les inquieta la situación de la Isla de la Juventud... La cámara fotográfica y la grabadora de periodista parecen negarse a su acostumbrada actividad, pero asombrosamente estas personas sonríen ante el lente y cuentan una y otra vez las mismas historias.

Es noche ya en La Habana adonde llegué para quedarme... Doy vuelta en la cama para lograr dormirme pero las imágenes del día vienen una y otra vez a mi cabeza con demasiada vida a cuestas. Pienso, recuerdo, sólo eso. Me empeño entonces en atrapar de un golpe algún juego de la infancia en medio de la vega de mi abuelo, pero pasarán 20 años para que aquel pedazo de tierra vuelva a ser lo que fue.



: José González y su esposa Nereida perdieron todo cuando el cine del pueblo se desplomó sobre su vivienda.



Orlando, Damaris y su pequeño hijo, vieron volar el techo de su casa, levantada hace sólo seis meses.



Aquí, como en todas partes, la calidad de las viviendas marcó las diferencias del desastre.

Texto y Fotos: Orlando Márquez

Se autorizada la reproducción parcial o total de las informaciones publicadas en esta revista, citando la fuente.

Servicio de Noticias - Revista Palabra Nueva. © 2008